

CAPITULO IV

De la influencia que pueden ejercer sobre la vida de un hombre un barbarismo y siete solecismos.

Necesitaba el lector por muy entendido y discreto que se le suponga, todos estos detalles para comprender todo el horror de la posición en que se encontró Pitou cuando fué despedido de la escuela.

Con un brazo colgando, y con otro manteniendo en equilibrio el baulillo sobre su cabeza, zumbándole aun en los oídos las furiosas interjecciones del cura Fortier, se encaminaba hacia la calle de Pleux, tan absorbido en sí mismo, que iba casi estupefacto sin saber á donde.

Al cabo se le ocurrió una idea, y se escaparon de sus labios cuatro palabras que encerraban en sí todos sus pensamientos.

— ¡Jesús! ¡y mi tía!...

En efecto, ¿qué diría la señorita Angélica Pitou al ver desvanecidas así todas sus esperanzas?

Verdad es que Angel no conocía los proyectos de su tía sino á la manera con que conocen los perros fieles é inteligentes los proyectos de sus amos; es decir, por la inspección de su fisonomía. No hay guía mas precioso que el instinto: jamás se engaña. Mientras el razonamiento, por el contrario, puede ser falseado por la imaginación.

Pitou se hacia aquellas reflexiones, y prorumpió en la terrible-esclamación que ya hemos dicho, porque comprendía perfectamente el profundo disgusto que experimentaría su tía cuando supiese la fatal noticia. Aunque es verdad que él conocía, por experiencia, lo que resultaba siempre de un disgusto de la tía Angélica. Solo que ahora, elevándose á una potencia no calculada la causa de su disgusto, sus resultados debían llegar á ser naturalmente una cifra incalculada.

En esta terrible situación de ánimo llegó Pitou á la calle de Pleux. Había tardado mas de un cuarto de hora en an-

dar el trecho que habia desde la casa del cura Fortier hasta la entrada de esta calle, y sin embargo, no habia andado aun ni trescientos pasos.

En este momento dió la una en el reloj de la iglesia.

Conoció entónces que su discusión con el cura y la lentitud con que habia andado, le habian hecho retardarse sesenta minutos; y por consiguiente, hacia ya treinta que habia pasado la hora de comer en casa de la tía Angélica.

Ya lo hemos dicho; este era el castigo saludable que la vieja imponía siempre á los encierros ó á las locuras de su sobrino; y así es que al cabo del año, economizaba unas sesenta comidas del pobre Pitou.

Pero esta vez, lo que inquietaba al estudiante, no era la frugal comida que le daba su tía; por pequeño que hubiese sido su almuerzo, Pitou tenia el corazón demasiado lleno para apercibirse de que tenia el estómago vacío.

Es un terrible suplicio para un estudiante, por muy desaplicado que sea, tenerse que quedar en algun sitio extraviado, cuando le echan de la escuela: tener para sí vacaciones definitivas y forzadas, mientras sus condiscípulos pasan á su vista, con sus libros debajo del brazo, para ir al trabajo cotidiano. El tan odiado colegio aparece entónces á sus ojos como una mansion querida. El estudiante se ocupa entónces seriamente de los temas y de las traducciones de que nunca se ocupó, y que se están haciendo ahora allí en su ausencia. Hay muchos puntos de semejanza entre este discípulo despedido y el excomulgado por su impiedad que no tiene el derecho de entrar en la iglesia y que desea vivamente oír una misa.

A medida que se aproximaba á la casa de su tía, parecia esta casa espantosa al pobre Pitou. Por la primera vez de su vida, se figuraba que la escuela era un paraíso terrenal de que acababa de arrojarle el cura Fortier, ángel esterminador, con sus disciplinas en la mano á manera de espada de fuego.

Con todo, á pesar de que andaba muy despacio y de que de diez en diez pasos iba haciendo paradas, cada vez

mas largas segun se iba aproximando, no habia mas remedio que llegar á la puerta de la casa temida. Llegó, pues, Pitou á la puerta de su casa, arrastrando los zapatos y frotándose maquinalmente la mano derecha en la costura de su calzon.

— ¡ Ah!... estoy malo, tia Angélica, dijo apenas entró, con el objeto de evitar que su tia le hiciese burla ó le riñese creyendo que se habia quedado encerrado en el calabozo.

— Bueno, dijo la tia Angélica; ya conozco tu enfermedad, y se curaria fácilmente atrasando el reloj hora y media.

— ¡ Oh! ¡ Dios mio, no! dijo amargamente Pitou; no tengo ganas de comer.

La tia Angélica se quedó sorprendida y casi asustada; las enfermedades asustan igualmente á las madres y á las madrastras; á las madres por el peligro que traen consigo, y á las madrastras por el daño que hacen á la bolsa.

— ¡ Y bien! ¿ qué tienes? Vamos, habla; preguntó la vieja.

Al oír estas palabras, pronunciadas en verdad sin ninguna ternura, Angel Pitou se puso á llorar, y preciso es confesar, que la mueca que hizo al pasar de las quejas á las lágrimas, fué de las mas feas y desagradables que quizás se hayan hecho en el mundo.

— ¡ Oh tia mia! me ha sucedido una gran desgracia; dijo al cabo de un rato.

— ¿ Qué te ha pasado? preguntó la vieja.

— ¡ El señor cura me ha echado!... exclamó Angel Pitou, prorumpiendo en enormes sollozos.

— ¿ Echado? repitió la tia Angélica como si no hubiese comprendido bien lo que queria decir.

— Sí, tia.

— Pero ¿ de dónde te ha echado?

— De la escuela.

Y se multiplicaron los sollozos de Pitou.

— ¿ De la escuela?

— Sí, tia.

— ¿ Para siempre?

— Sí, tia.

— ¡ Con que ya!... ¿ ni exámenes, ni oposiciones, ni beca, ni seminario?... ¿ eh?

Los sollozos de Pitou se trocaron en aullidos. La tia Angélica le dirigió una mirada como si hubiera querido leer en el corazon de su sobrino la causa por que le echaron.

— ¿ Apostamos á que has hecho el estudiante cazador de conejos? dijo la tia Angélica; ¿ apostamos á que has ido á rondar la alquería del tío Billot? uf... ¡ Un hombre que va á ser cura!

Angel dijo que no con la cabeza.

— ¡ Mientes! gritó la vieja encolerizada mas y mas á medida que iba reconociendo la gravedad del asunto; ¡ mientes! el domingo tambien te han visto en el paseo de los Suspiros con la Billota.

Quien mentia era la tia Angélica; pero siempre se han creído los beatos autorizados para mentir, en virtud de este axioma jesuítico: es permitido decir mentira para sacar verdad.

— No me han visto en el paseo de los Suspiros, dijo Angel, es imposible; porque donde nos vamos á pasear es á los naranjales.

— ¡ Ah, malvado! ya ves que has estado con ella.

— Pero, tia, dijo Pitou poniéndose colorado; no se trata aquí de la señorita Billot.

— Sí, llámala *señorita* para ocultar sus trampas; ¡ impuro! Pero yo se lo diré á su confesor... ¡ Habráse visto mugercilla!

— Pero, tia; ¡ si la señorita Billot no es una mugercilla!

— ¡ Ah! la defiendes cuando no tienes disculpa. ¡ Hola! ¿ estais de acuerdo, eh? mejor que mejor. Pero, Dios mio ¿ donde vamos á parar?... ¡ chiquillos de diez y seis años!

— Tia, yo no estoy de acuerdo con Catalina... sino que al contrario, cuando estoy á su lado me quedo cortado.

— ¡ Ah! te quedas cortado... Sí, es verdad, hipócrita... porque la miras.

— ¡ Toma! pues es verdad, se dijo á sí mismo Pitou; no habia caído en ello.

— ¡ Ah! ya lo ves, dijo la vieja, sacando partido de la cándida exclamacion de su sobrino para convencerle de convivencia con la Billota; pero, déjalo, yo arreglaré todo esto... El señor Fortier es su confesor; voy á decirle que te mande encerrar y que te tengan á pan y agua quince dias; y por lo que toca á la señorita Catalina, si es que necesita un convento para moderar su pasion, le tendrá. La mandaremos á Saint-Remi.

La vieja pronunció estas últimas palabras con tal autoridad y conviccion en su gran influencia, que hizo estremecer á Pitou.

— Tia mia, la dijo cruzando las manos; creedme, juro que Catalina no tiene maldita la culpa de mi desgracia.

— La impureza es la madre de todos los vicios, interrumpió sentenciosamente la tia Angélica.

— Tia, repito que el señor cura no me ha echado porque soy impuro; sino porque he cometido muchos barbarismos, mezclados con algunos solecismos que se me escapan de vez en cuando y que me quitan, segun él dice, todas las probabilidades para obtener la beca del seminario.

— ¿ Todas las probabilidades, dices? ¿ con que entonces no llegarás á obtener la beca, ni serás cura, ni yo tu ama de gobierno?

— ¡ Oh Dios mio! no, tia mia.

— ¿ Y qué será de tí entonces, desgraciado? preguntó la vieja enfurecida.

— ¡ Qué sé yo! y Pitou alzó llenó de angustia los ojos hácia el cielo ¡ Lo que quiera hacer de mí la Providencia! añadió con resignacion.

— ¿ La Providencia? ¡ Ah! ¡ ya sé lo que es! gritó la tia Angélica; le han trastornado el cerebro; le habrán hablado de ideas nuevas; le habrán inculcado principios de filosofía.

— Cá, no es eso, tia; porque no se puede empezar la filosofía sino despues de estudiar retórica y yo nunca he podido pasar de la tercera leccion.

— ¿ Te estás burlando, eh? no es de esa filosofía de la

que yo hablo, no. Yo hablo de la filosofía de esos filósofos desventurados. De la filosofía de Mr. Arouet, de la filosofía de Juan Jacobo, de la filosofía de Mr. Diderot, el que ha escrito *La Religiosa*.

La tia Angélica se santiguó.

— ¿ *La Religiosa*? preguntó Pitou; y ¿ qué es eso, tia?

— ¡ Tú la has leído desventurado!

— Tia, no la he leído, lo juro.

— Por eso no quieres entrar en la carrera de la Iglesia.

— Os equivocais, tia: es la carrera de la Iglesia la que no quiere entrar en mí.

— Vamos, está visto que este muchacho es una serpiente. ¡ Pues no me está replicando!

— No replico, tia; no hago mas que responder.

— ¡ Oh! ¡ desdichado de él! exclamó la tia Angélica con el mas profundo abatimiento, dejándose caer sobre su sillón favorito.

Este *desdichado de él* no significaba otra cosa sino: ¡ Desdichada de mí!

El peligro era inminente. Tomo, pues, la tia Angélica una resolucion suprema; se puso en pie, como si un resorte la hubiera hecho levantarse, y fué corriendo á casa del cura Fortier á pedirle esplicaciones, y sobre todo á hacer en su presencia la última tentativa.

Pitou siguió con la vista á su tia hasta que salió á la calle; cuando hubo desaparecido, salió él tambien á la puerta, y vió que se dirigia con una lijereza nunca vista hácia la calle de Soissons. No le cupo ya duda ninguna sobre las intenciones de la tia Angélica, y quedó convencido de que se dirigia á casa de su profesor.

Al menos tenia un cuarto de hora de tranquilidad.

Pitou imaginó aprovecharse de este cuarto de hora que le concedia la Providencia. Reunió, pues, las migajas de la comida de su tia para dar de comer á sus lagartos, cogió unas cuantas moscas para sus pájaros, y despues, descerrajando el armario, se puso á darse de comer á sí propio, porque el trabajo le habia abierto el apetito.

Tomadas todas estas disposiciones, se puso á mascar

junto á la puerta para no ser sorprendido cuando volviese su segunda madre.

La tía Angélica se llamaba á sí misma la segunda madre de Pitou.

Cuando salió este al umbral de la puerta, una bella jóven asomada por la esquina de la calle de Pleux, venia sentada á la grupa de un caballo, cargado con dos serones, esta jóven era Catalina.

Al divisar á Pitou á la puerta de su casa, se detuvo.

Pitou se puso colorado, segun costumbre, y despues se quedó con la boca abierta, mirando, ó por mejor decir, admirando, porque la señorita Billot era para él la última expresion de la belleza humana.

La jóven tendió una mirada en derredor suyo, saludó á Pitou con la cabeza, y siguió su camino.

Pitou contestó al saludo estremeciéndose de pies á cabeza.

Precisamente duró esta corta escena el tiempo suficiente para que Pitou, absorbido en la contemplacion, mirando y remirando el sitio en que habia estado parada Catalina, no divisase á su tía que volvia de casa del cura Fortier, y que repentinamente le agarró de la mano, pálida de corage.

Volvióse Angel sobresaltado, despertado de su bello sueño con la conmocion eléctrica que le causaba siempre el tacto de las manos de la tía Angélica, y despues de mirar los ojos coléricos de su tía, dirigió los suyos á su propia mano y vió con terror que tenia en ella agarrada una torta, generalmente untada con manteca fresca.

La tía Angélica dió un grito de furor, y Pitou un gemido de espanto. Angélica levantó su arrugada mano, y Pitou bajó la cabeza; Angélica echó mano á una badila que estaba al lado, y Pitou dejó caer su torta y echó á correr sin mas esplicaciones.

Acababan de entenderse mutuamente sus dos corazones y de comprender uno y otro que era imposible hubiese union entre ellos.

La tía Angélica se entró en su casa y cerró la puerta con

dos vueltas á la llave, Pitou apretó el paso, porque el ruido rechlinante de la cerradura le espantaba mas que el trueno de una tempestad.

Tuvo esta escena un resultado que estaba muy lejos de preveer la tía Angélica, y que ciertamente Pitou no aguardaba tampoco.

CAPITULO V

Un colono filósofo.

Corrió Pitou cual si lo siguiesen todos los diablos del infierno; y asi fué que en un instante se halló fuera de la ciudad.

Al dar la vuelta á la esquina del cementerio, se pegó un coscorron con las piernas de un caballo.

— ¿Eh? señor Angel; dijo una dulce voz bien conocida de Pitou; ¿á donde vais corriendo de esa manera? ¿me habeis asustado!

— ¡Ah! señorita Catalina, esclamó Pitou, respondiendole á su propio pensamiento y no á la pregunta de la jóven. ¡Ah! señorita Catalina, ¡qué desgracia tan grande me ha sucedido!

— ¡Jesus! ¿qué pasa? dijo la jóven deteniendo su caballo en mitad del camino. ¿Qué pasa, señor Angel?...

— Lo que pasa, respondió Pitou, como si fuese á hacer una confesion de sus iniquidades, lo que pasa es que ya no seré cura, señorita Catalina.

Pero en vez de espantarse al oír esto, la señorita Billot, como aguardaba Pitou, soltó una estrepitosa careajada.

— ¿Con que ya no sereis cura? dijo esta en seguida.

— No, respondió Pitou consternado; segun parece, es imposible.

— ¡Y qué importa! entóncees sereis soldado, dijo Catalina.

— ¿Soldado?

— Es claro. ¡No es menester desesperarse por tan poca

cosa! Al principio habia creído que me ibais á anunciar la muerte de la señorita vuestra tía.

— ¡Ah! dijo Pitou con sentimiento, ¡es lo mismo exactamente para mí que si se hubiese muerto!..., me ha echado de su casa!

— ¡Como ha de ser! dijo la Billota riéndose; no podeis tener ni aun la satisfaccion de llorarla.

Y Catalina se puso á reir de nuevo, lo que escandalizó altamente á Pitou.

— ¿Pero no habeis oído que me ha echado de casa?... repuso el estudiante desesperado.

— ¿Y qué?... ¡mejor que mejor! dijo Catalina.

— Podeis reiros como gustéis, señorita Catalina; eso prueba que no os hacen gran mella las desgracias ajenas.

— ¿Quién os ha dicho que si os sucediera una verdadera desgracia no lloraría, señor Angel?

— ¡Que lloraríais si me sucediera una verdadera desgracia! ¿Pues no sabeis que carezco de recursos?

— ¡Mejor que mejor! volvió á decir Catalina.

Pitou no sabia lo que le pasaba.

— ¡Y comer! exclamó; ¡es necesario comer, señorita! especialmente yo, que suelo tener mucho apetito.

— ¿Y qué?... ¿no quereis trabajar, señor Pitou?

— ¿Trabajar? ¿á qué? el señor cura y la tía Angélica me han dicho muchas veces que yo no valgo para nada. ¡Ah! si me hubiesen puesto de aprendiz en una carpintería ó cerrajería en vez de quererme hacer cura! ¡Por fuerza, señorita Catalina!... dijo Pitou haciendo un gesto de desesperacion; ¡por fuerza ha caído alguna maldicion sobre mí!

— ¡Ah! dijo la jóven llena de compasion, porque sabia como todo el mundo la triste historia de Pitou; ¡algo hay de cierto en lo que estais diciendo! pero... ¿por qué no haceis una cosa?

— ¿Qué cosa? dijo con impaciencia Pitou.

— Creo que teneis un protector. ¿No es así?

— Así es: el doctor Gilberto.

— Sois condiscípulo de su hijo, puesto que estudia tambien con el cura Fortier.

— Es claro.

— ¡Pues bien! ¿por qué no escribís por su conducto una carta á su padre? él no os abandonará, yo os lo aseguro.

— ¡Ah! si supiera yo de cierto donde reside; pero quizá lo sepa vuestro padre, señorita Billot, pues el doctor Gilberto es su propietario.

— Sé que le mandaba una parte del importe de la renta á América, y que lo restante lo depositaba en casa del escribano de Paris.

— ¡Ah! dijo Pitou; ¿en América? está algo lejos, pero...

— ¿Pero qué? ¿os vais á ir á América? dijo la jóven medio espantada con la resolucion de Pitou.

— ¿Yo, señorita Catalina?... No. ¡Jamás, jamás! si supiese dónde poder comer, viviria muy contento en Francia.

— ¿Muy contento? repitió la señorita Billot.

Pitou bajó los ojos. La jóven permaneció silenciosa, y este silencio duró algun tiempo. Pitou estaba sumido en hondas meditaciones que hubieran sorprendido aun al mismo señor cura Fortier, que era hombre de bastante lógica.

Estas meditaciones, nacidas de un punto oscuro, se habian ido iluminando poco á poco, despues fueron ya confusas y brillantes como relámpagos cuyo origen está oculto, y cuya fuente está perdida.

Cadet habia echado á andar al paso, y Pitou marchaba á su lado con una mano apoyada en uno de los serones. La señorita Catalina, meditabunda tambien como lo estaba Pitou, llevaba sueltas las riendas, sin temor de que su corcel apresurase el paso. Ademas Cadet era un animal bastante manso, porque pertenecia á una raza que nada tenia de comun con los caballos de Hipólito.

Cuando se paró el caballo, Pitou se detuvo igualmente como por casualidad. Habian llegado ya á la alquería.

— ¡Hola! ¿eres tú, Pitou! exclamó un hombre de formas atléticas, que estaba sentado en actitud orgullosa en el borde de una pila dando de beber á su caballo.

— ¡Sí, Dios mio! sí, señor Billot; yo mismo.

— Otra desgracia le ha sucedido al pobre Pitou, dijo la jóven bajándose de un brinco del caballo, y sin cuidarse de que sus faldas enseñasen el color de sus ligas; su tia le ha echado de casa.

— ¿Y qué es lo que ha hecho entónces para que haga eso con él el demonio de la beata? preguntó el colono.

— Segun parece, no soy bastante fuerte en el griego, dijo Pitou.

— Se está dando tono el presumido; es en el latin en lo que debiera decir.

— ¡Bastante fuerte en el griego! dijo el hombre de las anchas espaldas; ¿y para qué quieres tú ser bastante fuerte en el griego?

— Para éspicar á *Teócrito* y leer la *Iliada*.

— ¿Y para qué te servirá explicar á *Teócrito* y leer la *Iliada*?

— ¡Toma! eso me serviría para ser cura.

— ¡Bah! dijo el tio Billot; ¿sé yo acaso griego? ¿ni latin? ¿ni francés? ¿ni leer? ¿ni escribir? ¿Y eso me quita el saber hacer la siembra y la recolección?

— Es verdad, señor Billot; pero vos no sois cura, sino labrador; *agricola*, como dice Virgilio. *O fortunatos nimium...*

— ¡Bien, bien! ¿pero supones tú que un labrador no sea igual á un padre cura, sobre todo si este labrador tiene sesenta fanegas de tierra al sol y mil luses á la sombra?

— Siempre me han dicho que ser cura era lo mejor de este mundo; es verdad que, añadió Pitou sonriéndose de la manera mas agradable que pudo, siempre lo he oido decir como quien oye llover.

— Y has hecho muy bien, chico. A mí me parece que puedes ser cualquier otra cosa mejor que cura, y es una dicha que no hayas seguido esa carrera, sobre todo en estos

tiempos. Mira, como buen labrador, yo sé muy bien conocer si hace bueno ó mal tiempo; pues el tiempo es ahora bastante malo para los curas.

— ¡Yo lo creo! dijo Pitou.

— Sí; va á haber tempestad, añadió el colono. Con que, créeme. Tú eres un mancebo honrado; tú eres sábio.

Pitou saludó respetuosamente, muy satisfecho de haberse oido llamar sábio por la primera vez de su vida.

— Puedes ganarte la vida á otra cosa, prosiguió diciendo el colono.

La señorita Billot escuchaba con interés el diálogo que mantenian Pitou y su padre.

— ¿Ganarme la vida? replicó Pitou, eso me parece cosa bien difícil.

— ¿Qué es lo que sabes hacer?

— ¡Pst! cazar pájaros y coger liebres. Imito bastante bien el canto de los pájaros, ¿no es verdad, señorita Catalina?

— ¡Vaya! eso es muy cierto; canta como un gilguero.

— Sí, pues todo eso es una bicoca, dijo gravemente el tio Billot.

— Eso es lo mismo que yo decia, ¡voto á tal!

— Sabes echar votos, ¿eh?

— ¡Cómo! ¿he echado algun voto? dijo lleno de angustia Pitou; usted dispense, señor Billot.

— ¡Anda! ¡anda! no hay de qué, respondió el colono; lo mismo hago yo tambien muchas veces. ¡Eh! ¡mal rayo de Dios! dijo, volviéndose hácia su caballo, ¿te estarás quieto, condenado? Dime, continuó volviéndose hácia Pitou; ¿sabes ser perezoso?

— No sé, señor; jamás he sabido mas que un poco de latin y de griego, y...

— ¿Y qué?

— Y debo decir que no sabia mucho de eso.

— Tanto mejor, dijo el tio Billot; eso prueba que no eres tan animal como yo creia.

Pitou abrió los ojos desmesuradamente; era la vez primera que oia á nadie profesar semejantes ideas, subvirtien-

do todas las teorías que hasta entónces habia oído acerca de su persona.

— Lo que te pregunto, dijo Billot, si eres perezoso, si te fatigas pronto.

— ¡ Ah! si me fatigo; eso es otra cosa, dijo Pitou; no, no, no; me atrevo á andar diez leguas sin fatigarme.

— Bueno, algo es algo, replicó Billot; haciéndote adelgazar unas cuantas libras, podrás llegar á ser andarín.

— ¡ Adelgazar! dijo Pitou mirándose sucesivamente su delgada cintura, sus largos brazos huesosos, y sus estiradas y nudosas piernas; me parece, señor Billot, que ya estoy bastante delgado así.

— Ciertamente, dijo el colono, lanzando una carcajada, que eres todo lo que se llama un arrogante mozo.

Era también la vez primera que Pitou era estimado á tan alto precio. Así es que iba siempre pasando de sorpresa en sorpresa.

— Mira, dijo el colono, lo que te pregunto es si eres perezoso para el trabajo.

— ¿ Para qué trabajo?

— Para el trabajo en general.

— Yo no sé, no he trabajado nunca.

Catalina se echó á reír; pero el tío Billot tomó la cosa por lo serio.

— ¡ Esos pícaros curas! dijo señalando con el puño cerrado hácia la ciudad; así es como educan á la juventud, en la holgazanería y en la inutilidad. ¿ En qué podrá ser útil, pregunto yo, este zángano á sus hermanos?

— ¡ Oh! tenéis mucha razón, dijo Pitou, lo conozco, pero afortunadamente no tengo yo hermanos.

— Por hermanos entiendo yo á todos los hombres. ¿ Quieres tú acaso decir, que todos los hombres no somos hermanos?

— Sí que lo somos, eso está en el Evangelio.

— ¿ Y todos los hombres iguales? añadió el colono.

— ¡ Ah! no, eso ya es otra cosa, dijo Pitou; si yo fuera igual al señor cura Fortier, á buen seguro que no me habria pegado tantos palmetazos y disciplinazos; y si yo fae-

ra igual á mi tía, á buen seguro que no me habria echado de casa.

— Te digo, chico, que todos los hombres somos iguales, replicó el colono, y eso se lo probaremos bien pronto á los tiranos.

— ¡ *Tyrannis!* dijo Pitou.

— Y para prueba de ello, añadió Billot, yo te recibo en mi casa.

— ¡ En vuestra casa, mi querido señor Billot! ¿ No decis eso por burlaros de mí?

— Nada de eso. ¿ Qué es lo que necesitas tú para vivir?

— ¡ Poca cosa! tres libras de pan cada día, poco mas ó menos.

— ¿ Y ademas del pan?

— Un poco de manteca ó queso.

— ¡ Vaya; vaya! bien poco es, dijo el colono; ya veo que no necesitas mucho para alimentarte. Pues te se dará de comer.

— Señor Pitou, dijo á esta sazón Catalina; ¿ no tenéis alguna otra cosa que pedir á mi padre?

— Yo, señorita, no; de ningún modo, ¡ Dios me libre!

— ¿ Y entónces, á qué habeis venido aquí?

— Á acompañaros.

— ¡ Hola! es en extremo galante, dijo Catalina; pero no admito el cumplido sino en lo que vale. Habeis venido, señor Pitou, á pedir á mi padre noticias de vuestro protector.

— ¡ Ah!.. es verdad, dijo Pitou; ¡ toma, pues ya no me acordaba!

— ¿ Quién, el digno señor Gilberto? dijo el colono con un acento de voz que indicaba á las claras el mucho respeto que tenia á su propietario.

— El mismo, dijo Pitou, pero no tengo necesidad de él ahora, y siendo así que el señor Billot me recibe en su casa, puedo aguardar tranquilamente hasta cuando vuelva de América.

— En ese caso, amigo, no tienes que esperar mucho tiempo, porque ya ha regresado.

— ¿ Sí? dijo Pitou, ¿ y cuando ha vuelto?

— Yo no sé cuando á punto fijo, pero si que estaba en el Havre hace ocho dias, porque he recibido una carta que me escribió desde allí y que se me remitió esta mañana de Villers-Cotterets ; aquí está que no me dejará mentir.

— ¿Y quién os ha dicho que es letra suya, padre mio ? dijo Catalina.

— ¡Pardiez ! es claro, puesto que habia en el paquete una carta para mí.

— Pero yo creía, dijo Catalina sonriéndose, que no sabíais leer, padre mio. Os lo digo porque haceis gala de ello.

— ¡Si, me vanaglorio de ello, pues es claro ! Quiero que se pueda decir : « El tio Billot no debe nada á nadie, ni aun á los maestros de escuela ; ha hecho su fortuna por sí mismo el tio Billot ! » Esto es lo que yo quiero que se diga. Es verdad que no he leído la carta porque no sé leer, pero me la ha leído un oficial de gendarmes á quien encontré en el campo.

— ¿Y qué dice en la carta, padre mio ? ¿continua estando contentó con nosotros ?

— Léela y lo sabrás.

Y el colono sacó de su cartera de cuero una carta que dió á su hija.

Catalina leyó lo siguiente :

« Mi querido señor Billot,

« Vengo de vuelta de América, donde he hallado un pueblo mas rico, mas grande y mas dichoso que el nuestro.

« Pero tambien nosotros caminamos hácia una nueva era, y es menester que todos trabajemos en abrir el camino. Conozco perfectamente vuestros principios, mi querido señor Billot : sé que teneis mucha influencia con vuestros compañeros y con toda esa valiente poblacion de obreros y labradores á quienes mandáis, no como un rey, sino como un padre. Inculcadles, pues, los principios de fraternidad que abrigais en vuestro corazón. La filosofía es universal ; todos los hombres deben saber leer sus derechos y sus deberes á la luz de su antorcha.

« Os remito un folleto en que están consignados todos estos deberes y derechos. Propagad sus principios, que son los de la igualdad universal, y haced que se lea todas las noches en las largas veladas del invierno. La lectura es el alimento del espíritu, como el pan lo es del cuerpo.

« Dentro de unos dias iré á veros y á proponeros un nuevo modo de arrendamiento que está muy en uso en América. Consiste en repartirse la recoleccion entre el colono y el propietario ; lo cual me parece que está de acuerdo con las leyes de la sociedad primitiva y la voluntad de Dios.

« Salud y fraternidad.

« Honoré Gilberto,

« Ciudadano de Filadelfia. »

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo Pitou, esto es lo que se llama una carta bien dictada.

— ¿ No es asi ? dijo Billot.

— Si, padre mio, contestó Catalina, pero dudo mucho de que el oficial de gendarmes sea del mismo parecer.

— ¿ Y por qué no ?

— Porque me parece que esa carta puede comprometer no solamente al doctor Gilberto, sino tambien á vos, padre mio.

— ¡ Bah ; bah ! dijo Billot : tú siempre te asustas por nada. Este es el folleto y este tu oficio por ahora, Pitou, por la noche leerás aqui.

— ¿ Y durante el dia ?

— Durante el dia, guardarás las vacas y los carneros. Aqui tienes tu folleto.

Y el colono sacó de su bolsillo un folleto con cubierta encarnada, como se publicaban en aquella época muchos, con permiso ó sin permiso de la autoridad.

Solo que en este último caso, el autor corria peligro de ir á galeras.

— Léeme ahora el título, Pitou ; que yo suelo hablar antes del título que de la obra. Despues me irás leyendo lo demas.

Pitou leyó en la primera página estas palabras, que el uso ha hecho ya vagas é insignificantes, pero que en aquella época hacían una gran impresion en todos los corazones.

De la independencia del hombre, y de la libertad de las naciones.

— ¿Qué dices tú de eso, Pitou? preguntó el colono.

— Digo que me parece, señor Billot, que la independencia y la libertad son una misma cosa, y que mi protector hubiera sido echado de la escuela del señor Fortier, por crímen de pleonasma.

— Pleonasma ó no, ese es el libro de un hombre, eso, dijo el colono.

— Sea lo que fuere, padre mio, dijo Catalina con ese admirable instinto de las mujeres, ¡ocultad ese libro, os lo suplico! que puede traeros perjuicio. De mí sé decir que estoy temblando solo de verlo.

— ¿Y cómo quieres tú que me traiga perjuicio á mí, si no le ha traído á su autor?

— ¡Quién sabe! hace ocho dias que está escrita esa carta, y el correo no ha podido tardar ocho dias desde el Havre aquí. Yo tambien he recibido otra carta esta mañana.

— ¿De quien?

— De Sebastian Gilberto, que tambien nos escribe, me encarga dar espresiones á su hermano de leche Pitou; se me habia olvidado el encargo.

— ¿Y qué?

— ¿Y qué? que hace ya tres dias que debia haber llegado su padre á Paris, y no ha llegado.

— La señorita tiene razon, dijo Pitou: me parece que esa tardanza es de mal agüero.

— Cállate, miedoso, y lee el folleto del doctor, dijo el colono; así llegarás á ser, no solo sábio, sino tambien hombre.

Así se hablaba en esta época, porque se empezaba el prefacio de esa gran historia griega y romana que por espacio de diez años estuvo copiando la nacion francesa en todas sus fases, sacrificios, proscripciones, victorias y esclavitud.

Pitou colocó su libro debajo del brazo, haciendo un ges-

to solemne que acabó de conquistarle las simpatías del colono.

— Ahora bien, dijo Billot: ¿has comido?

— No señor, respondió Pitou conservando la aptitud semi-religiosa, semi-heróica, que habia tomado al meterse el libro debajo del brazo.

— Precisamente iba á comer cuando le ha echado su tia de casa, dijo Catalina.

— Pues bien, añadió el colono, vé á pedir de comer á la tia Billot y mañana empezará á ejercer tus funciones.

Pitou dió las gracias al señor Billot con una elocuente mirada, y guiado por la jóven, entró en la cocina gubernamentalmente puesta bajo la direccion absoluta de la señora Billot.

CAPITULO VI.

Bucólicas.

La tia Billot era una señora mayor que representaba unos treinta y cinco á treinta y seis años, redonda como una pelota, fresca, rechoncha y amable, que andaba siempre de un sitio á otro, del palomar al gallinero, del establo de los carneros al establo de vacas; examinando sus pucheros, sus hornillas y sus asados como hace un esperto general de su territorio; juzgando de una sola ojeada si estaba bien colocado todo, y solo por el olor, conociendo si la yerba buena y el laurel estaban distribuidos en los pucheros en cantidades suficientes; gruñendo por costumbre, pero sin la menor intencion de disgustar á su marido, á quien trataba como á cuerpo de rey; ni á su hija, á quien amaba mas en verdad que Mad. de Sevigné á la suya Mad. de Grignan; y á sus jornaleros, á quienes daba de comer mejor que ninguna otra *colona* de diez leguas á la redonda.

Así era que todos deseaban entrar á trabajar en la alquería del señor Billot. Pero allí, por desgracia, como sucede en el cielo, en comparacion de los que se presenta-